

LITERATURA Y HUMANISMO

Se ha introducido en el título la palabra Humanismo, a sabiendas de que su uso dependerá del cristal ideológico o filosófico con que se mire. Se trata de un concepto, un tanto corredizo, que procura ajustarse a los discursos que diversamente tratan de comprenderlo. Se ha ligado aquí la expresión humanismo a dos temas: uno de ellos, el que principalmente nos convoca: la literatura. El segundo apuntará al efecto que proporciona la lectura de la obra literaria: su capacidad de promover una reflexión que encamine hacia el conocimiento del mundo, así como a la percepción que de sí mismo tiene el hombre y haga -en frase de Heidegger- que se torne humano en lugar de no humano.

Se acepta que el término humanismo pueda suscitar polémica y llevar fácilmente a puntos de encuentro o de desencuentro. Pero se mantendrá como un referente, mal que sea, porque se ha ido entreviendo y se entrevé en la sociedad contemporánea un grave déficit de lo humano. Dicho lo dicho, se entiende aquí en su sentido laxo. En definitiva, que ahora y para nuestro propósito, el humanismo es una respuesta a cuestiones o conflictos concretos y actuales que afectan individual y socialmente al ser humano que los percibe, y ante los cuales responderá de manera libre y razonable.

Este pasaje declarativo viene a cuento porque, en el entorno de un debate sobre el humanismo, entendido éste como la ideología educadora en Occidente, el filósofo alemán Peter Sloterdijk interviene, en 1999, con la conferencia "Normas para el parque humano". Se aprecia ahí una escritura encendida con el descaro y desparpajo de quien sabe cómo calentar el

ambiente, de qué manera provocar a los contertulios y cómo proceder para interesar a la subsiguiente maquinaria mediática.

Sloterdijk exprime los temas hasta forzar la visión de un ámbito nuevo hacia donde se está orientando o en donde pronto se hallará situada la Humanidad. No se quiere entrar en desciframientos de intenciones, pues cabe que Sloterdijk pusiera sobre la mesa un tema tabú en la sociedad alemana, y que concernía o podía asociarse a las teorías racistas propugnadas por el nazismo. ¿Es su texto la exposición y la defensa de una idea sustentada en la opinión del propio autor? ¿O fue el lanzamiento de una serie de interrogantes que no admitía en los tiempos actuales más dilación? Ajenos a su intención, pongamos ahora delante el hueso mundo y lirondo.

Según Sloterdijk estima "la era del Humanismo moderno como modelo de escuela y educación ha concluido". Considera que el humanismo es un método de domesticación, es un camino de formación truncada y una ilusión que no puede sostenerse por más tiempo. Las estructuras políticas y económicas -viene a decir- no se organizan ya de acuerdo al modelo de la sociedad literaria.

Thomas Assheuer no creyó que aquello fueran meras preguntas lanzadas al viento. Juzgó su intervención como la prueba concreta de una idea perversa y de signo totalitario. Por lo que replica inmediatamente al filósofo con el artículo "El proyecto Zaratustra". Se publica con un subtítulo en donde se adelantan datos que abrirán el marco de discusión. Lo subtitula así: "El filósofo Peter Sloterdijk exige una revisión técnico-genética de la humanidad". En resumen,

juzga a éste como el animador de una idea que contempla en el futuro “un nacimiento opcional” y una “selección prenatal” del ser humano. Lo ve como alguien que considera la planificación y utilización de los caracteres genéticos como una acción que conviene para mayor gloria y gracia de una “superhumanidad”.

Una conjetura ésta desde la que cabe imaginar una eventual sociedad entregada a la ingeniería genética de manera absoluta. Lee M. Silver trata esta cuestión en su libro, *Vuelta al Edén. Más allá de la clonación en un mundo feliz*. Barrunta un estado de cosas que suceden en el siglo XXIV. En lo que afecta al ser humano habrá dos clases: los *genricos*, denominados así por ser los genéticamente enriquecidos; ellos poseerán La Tierra porque serán los propietarios del conocimiento, del poder y del dinero. Y, por otra parte, los *naturales*, los genéticamente pobres, la nueva masa proletaria al servicio de la primera clase. El liberalismo actúa en este concierto. Sentada esta baza, ningún gobierno –en opinión de Silver– podrá legítimamente detener ni rechazar esta nueva modalidad de reproducción genética. Las grandes organizaciones industriales y empresariales dispondrán de un poder económico capaz de sufragar los gastos, intervenir legítimamente y fuera de cualquier control gubernamental y alcanzar los fines propuestos. No se esconde que, al cabo, se logra el establecimiento de una división humana y social.

En este punto nos alcanzan las imágenes futuristas de una humanidad enredada en las letras del genoma. Se ha llevado a la pantalla –piénsese en la película *Gattaca* (1997)– el argumento de un individuo perfecto nacido de los experimentos y realizaciones de la industria genética. Obtienen una criatura –como se oye en la película aludida– que no es “hija del hombre”, sino de la técnica. Se logra una nueva clase humana como prototipo y expresión de la raza perfecta. La corporación *Gattaca* ofrece un mundo genético como un nuevo orden que no deja lugar a las impurezas. Desde esta perspectiva, el hombre ya no posee una sola naturaleza, no es ya una especie unívoca. Su génesis decidirá en qué lugar de la frontera van a situarlo. Porque coexisten dos clases de seres humanos y hay dos formas de sentirse y de hacerse: una pertenece a un mundo aséptico y deshumanizado, perfecto, en el sentido de buen acabado. Y, en frente, una realidad bien distinta, apartada, marcada y al servicio del sistema; pero en donde todavía preva-

lecen el sentimiento y la idea de que el ser humano es un ser “haciéndose” permanentemente, inconteniblemente.

La ciencia ficción desarrolla ideas que van más allá del mero asunto, pues en lo relatado suele subyacer la aspiración de una crítica social. La literatura se las apaña igualmente para dejar a la vista el desasosiego que se apodera del ser humano cuando pretende superar su naturaleza. La literatura, como los sueños de la razón, produce monstruos. La novela de 1818, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, según confiesa su autora, Mary W. Shelley, tuvo como preludeo una conversación entre su hermano Percy B. Shelley y lord Byron, a quienes oyó cómo discutían las últimas investigaciones de Darwin. Luego el sueño de la escritora hizo el resto: las imágenes del sueño la condujeron hasta el joven estudiante Frankenstein. Lo vio cómo iba juntando partes de cuerpos en un cuerpo extendido y muerto Y soñó también cómo aquella criatura lograba agitarse y levantarse con evidentes signos de vida.

El doctor Frankenstein se identifica con Prometeo, aquel titán que sobresalía por la razón y que consiguió modelar un hombre con barro y concederle la vida con una chispa del carro del Sol. Pero el moderno Prometeo se horrorizará de su creación. Ha tenido en sus manos los instrumentos que dan vida y existencia a un monstruo. Sin embargo, esa figura anormal irá revelando actitudes lógicas y casi humanas a lo largo de la novela. El diálogo con su creador manifiesta el profundo sentimiento de alcanzar la felicidad con otro de su especie: “Mis vicios –dice el monstruo– son los vástagos de una soledad impuesta y que aborrezco; y mis virtudes surgirían necesariamente cuando viviera en armonía con un semejante. Sentiría el afecto de otro ser y me incorporaría a la cadena de existencia y sucesos de la cual ahora quedo excluido.”

Es un ser creado por la ciencia. Y hemos de deducir que la ciencia no ha fracasado en su su logro. Creó lo que quiso crear. No obstante, sí existe el intenso sentimiento de fracaso. ¿Por qué? Porque la plenitud de la ciencia, de la sola razón técnica e instrumental, no han podido suplir la carencia del sentimiento que, a tenor de los capítulos en donde creador y criatura debaten, no es precisamente el monstruo quien delata su falta de sensibilidad. El monstruo quiere encontrar el sentimiento a través del otro. Es el ser humano, el doctor Frankenstein, quien le niega esa posibilidad.

El asunto de la razón entra también en aquella polémica actuación de Sloterdijk. La contraréplica de este filósofo a Assheuer es inmediata. Y lo hace mediante un breve texto cuyo título es "La teoría crítica ha muerto". Con este artículo Sloterdijk disparaba contra una diana mucho más allá y arriba de Assheuer. Centraba su tiro contra la figura de Jürgen Habermas y, por extensión, contra su discurso crítico de la acción comunicativa.

Bajemos momentáneamente en otra estación. Y acerquemos al ascua del tema, que no es otro que el de la literatura, una cuchara del mismo palo. Es buen pretexto para poner proa hacia la conocida novela de José Saramago, *La caverna*

(2000). Ella nos prestará sus páginas para ver una posible correspondencia con la teoría de la acción comunicativa.

El argumento novelístico de *La caverna* contempla dos espacios contrapuestos. En un extremo sitúa el mundo deshumanizado, representado por el Centro Comercial, imagen o cara perversa de la globalización, castillo kafkiano; una realidad concreta pero inaprensible y que, por tal razón tiende a metaforizarse, a ser expresión de una fuerza en constante vigilancia y conquista; espacio atractivo a la vez que destructivo; lugar de cautiverio para cuantos lo habitan; trasunto espacio del mito de la caverna: lugar de engaño, de aparentes y falsas existencias. El lenguaje que



emite ese espacio cavernoso no tiene en cuenta las posibles respuestas del receptor; son mensajes que, enviados al vacío, ocupan plenamente el espacio; sus modalidades expresivas abarcan la retórica publicitaria, las expresiones amenazantes, el mensaje engañoso; los sondeos; en resumen, practica un concepto de comunicación sistemáticamente distorsionado. Ofrece sombras, apariencias, reproducciones artificiosas de lo real, simulacros. Los seres integrados en este dominio conforman –así se declara en el texto– un universo de clientes.

Hay otro polo, sin embargo, que se pone como contrabalanza. Es un espacio en donde aún late la vida. Los personajes que aquí habitan van a la busca de ideas, de visiones o de invenciones en las que nunca faltan la capacidad intelectual y reflexiva; son seres que habitan también en las esferas del arte, de la moralidad y del afecto. ¿Cuál es el lenguaje que se practica en este espacio benigno de la novela? Es un lenguaje para comunicarse afectivamente con el otro; un lenguaje que quiere ponerle nombre a las cosas; y no es trivial esta idea, pues entraña que para nombrar el mundo, antes el mundo ha de verse como objeto de contemplación. Las palabras, los mensajes del pasado se levantan en el presente allí donde aún resplandeca el aura de una ética que mantiene en vigor los valores humanos. Quienes así se comportan no toleran un vivir en el mundo de incomunicación y falsedad en que se ha convertido el Centro Comercial.

El nobel portugués escribe sus historias –la expresión es suya– como si fueran un “ensayo con personajes”. Si se acepta esta denominación, ¿cuáles serían los rasgos ensayísticos que subyacen en la novela? Por lo que compete al autor, partiría de un punto de vista subjetivo y confesional en torno a una idea que ha de convertirse en visión y a la que se le desea imprimir un carácter, hasta cierto punto, didáctico. Puede, además, apuntarse otro rasgo: la intención dialogal de autor; diálogo que se centra, en primera instancia, en las ideas –pensamientos y sentimientos– de los personajes principales y entrañables de la novela. Pero sucede que, en virtud de ese espléndido ejercicio de conversaciones, el espacio de la escritura alcanza al del lector quien, tocado por intuiciones e imágenes, se siente inclinado a responder intelectual y afectivamente. Si esto se cumple, la nove-

la se intuye como una estructura comunicativa que trasmite entendimiento.

El mito de la caverna platónica apunta hacia esa esfera en donde luchan luces y sombras, apariencias y verdades. Sitúa al ser humano en un espacio cavernoso para expresar, tal como apunta Platón en el libro VII de *La República*, “el estado en que con respecto a la educación o a la falta de ella, se halla nuestra naturaleza”.

La lectura de *La caverna* permite recrear mundos imaginarios pero acusadamente actuales. Como en las obras de ciencia ficción, se desea dar salida en el relato a una representación del mundo presente. En este caso, Saramago recurre al alegorismo. Un alegorismo que no surge por capricho técnico sino por necesidad. Recurre a él porque necesita narrar una realidad huidiza, inmaterial, presentida pero inasible. Quiere ser el relato del mundo actual. Son ideas y presentimientos que proyecta el hoy. Los procedimientos del realismo no bastarían.

El lector puede sentirse implicado en la vida moral que el libro suscita. La literatura, en ocasiones, invita a exámenes de conciencia. En el texto se aprecia la falta de una relación armónica entre el sujeto y el mundo. Se va imponiendo un conjunto de circunstancias que conducen a la cruz de la deshumanización. Pero, por la otra cara de la novela, asoma una serie de personajes que mantienen aún vivos sus pensamientos y sus afectos. Son los dueños de un pensamiento y de una moral que laten rebeldes. Su vitalidad la origina el anhelo de levantar un universo distinto, renovado, y que corresponda a la medida y forma de su inquebrantable humanidad.

En toda época queda registrado el modo peculiar de percibirse. Cada tiempo deja ver su cara, diferente una de otra, por virtud de un presente que no deja de mirar al pasado mientras el pensamiento va resueltamente a por el futuro. En este encuentro de tiempos puede haber nostalgias, o no; rebeldía contra las normas que el momento impone, o no. En cualquier caso, los personajes del universo novelístico de Saramago, que son trasuntos de los seres humanos de hoy, viven insertos en una cultura. Seamos mucho más precisos: están habitando un ámbito cultural fragmentado en tres esferas marcadamente diferenciadas: la técnico-científica, la esfera moral y la esfera estética.

Entramos aquí por la puerta de la teoría de

la acción comunicativa de Jürgen Habermas; y de acuerdo con su planteamiento, cuando lo técnico se orienta en dirección al crecimiento económico y burocrático, se va cegando cualquier tipo de experiencia o de reflexión que conduzca a un espacio en donde se confirmen unos conocimientos compartidos que doten de sentido a la existencia. Si no se va en esa dirección, nos dejaremos llevar por otra muy distinta en donde lo ético y lo estético quedan a merced de las leyes de la burocracia y de la economía. Y bajo este otro clima, la realidad se resiente al ir amenguando los valores morales y las expresiones estéticas que vienen a ser espacios apropiados para la autorreflexión. La acción reflexiva se convierte en necesidad para un ser que *ensaya* y va en busca de su emancipación y del alejamiento de un mundo que sabe bien cómo disimular el totalitarismo.

Ese mundo deshumanizado impedirá cualquier proceso encaminado a lograr el conocimiento. Cabe decir que los extremos vician el conocimiento y que no conviene el predominio de una sola de aquellas esferas sobre las otras. Ni siquiera la esfera estética debe capitalizar las restantes. Porque, de igual modo, se generarían situaciones y estados análogamente perversos.

Las cosas no se hallan aisladas sino conformando una madeja de relaciones, uno de cuyos hilos es el lenguaje. Del uso del lenguaje nace la facultad de nombrar, de conocer, de juzgar, de valorar. En ese ámbito quedan incluidos personajes, temas, cosas, valores, incertidumbres, apremios. Todo se comparte. Se llega así a generar una situación comunicativa de índole muy diferente a la propugnada por el sistema científico-técnico. La relación afectiva que se imprime va creando un marco participativo, de ideas compartidas, marcadas por un diálogo cordial, reflexivo y fecundante. Tampoco ninguno de los interlocutores debe prevalecer sobre el otro. Se avanza sin contienda dialéctica. La acción comunicativa se orienta desde y hacia la comprensión mutua.

La cultura como alguien dijo, “es hoy un acto total de intervención en el mundo”. Se pide una cultura viva e íntegra para todos. De ahí la necesidad de la confluencia de pensamientos capaces de convertirse con el tiempo en acción. En una acción encaminada a integrar al ser humano en la vida de hoy. Una vida en donde el presente aún cuenta con el pasado.

Apunta lo antedicho hacia el tema de la modernidad. Charles Baudelaire veía lo moderno de la vida en la presencia de lo eterno en el instante. Tal idea portaba dos caras del mundo: había unas marcas estables, herencias del pasado; pero también se daba, de otra parte, una realidad diversa, imprevista, peculiar. Se conseguía de este modo algo así como una moneda en donde las dos caras miran hacia tiempos distintos: hacia el pasado y hacia lo nuevo. Y ambas entraban en una coexistencia en donde el pensamiento negaba la hegemonía de la una sobre la otra. Este fue un claro signo de modernidad que ha llegado hasta nosotros.

No extrañará por tanto que Alain Touraine manifieste que la modernidad pierde su fuerza de liberación y creación cuando “viene definida por la destrucción de los órdenes antiguos y por el triunfo de la racionalidad, objetiva e instrumental.”

Pero he aquí que reaparece Sloterdijk. Llega de nuevo para decir, de un manotazo, que hay que abolir el discurso escrito, renunciar a todo discurso literario. Tiene sus razones. El texto escrito es el espejo en donde se refleja el pensamiento humanista. Un pensamiento al que Martin Heidegger, medio siglo atrás, en “Carta sobre el Humanismo” (1947), lo somete a crítica y levanta un interrogante sobre la responsabilidad de una cultura que, procediendo de la racionalidad humanista, ha permitido – si no ocasionado – un siglo de barbarie al que no son ajenos la ciencia, el arte, la literatura. En definitiva: nos muestra una civilización occidental, con fuertes raíces en el pasado y a la que considera la expresión última del Humanismo.

Sloterdijk no desaprovechará la ocasión que Heidegger le brinda y sube al tren – como diría Sinatra –, a su manera. Reconoce que aún no está muerta la literatura; no sabemos qué nivel de agonía le asigna su cabeza; en todo caso tiene muy claro que los días de sobrevaloración de la escritura y de la lectura ya han pasado. El libro ha entrado hoy en el ámbito de una subcultura. Son los nuevos medios técnico-comunicativos a los que se les van concediendo paso libre. No extrañará que los proponga como los nuevos conductores sociales.

Sloterdijk confiesa que, en el caso de implantarse el totalitarismo, la escritura se ahogaría en esa atmósfera, y lo que conocemos por lite-

ratura quedaría enterrada, desaparecería. George Orwell, en *Literatura y política*, entiende que la manipulación o destrucción del pasado, la enajenación de la historia común cierra las puertas que llevan al futuro y nos encierran en el totalitarismo. Juan Ignacio Ferreras, en *La Novela de Ciencia Ficción*, le dedica un capítulo a las antiutopías. Apunta que el autor de *1984* canaliza las experiencias y desilusiones hacia esa emblemática novela. El Gran Hermano se constituye en el único centro de valores. El individuo está aislado, controlado, vigilado, manipulado por un poder invisible que impone conductas. El protagonista, como el personaje de Saramago, intenta levantar su vida. En el caso de Orwell mediante una acción tan simple como es la de escribir un diario; esto es, la de dar curso a su pensamiento y encontrarse consigo mismo. Fracasa. La escritura no es posible en el orden totalitario.

He aquí la cuestión. El sí o el no del libro... Su conveniente permanencia o su desaparición. Pensemos el libro en la hoguera, libros a *451 grados Fahrenheit*, una temperatura en la que el papel de las hojas se enciende y arde. Se alude ahora a la novela de Ray Bradbury. Hay bomberos con mangueras que lanzan queroseno para carbonizar la historia escrita. Usan sabuesos mecánicos que detecten conductas excéntricas. Conducta excéntrica es la lectura, o ser propietario de un libro. Se dispone de una lista millonaria de libros prohibidos. Los escritores clásicos son "reducidos a audiciones de radio de quince minutos". Se implanta un régimen que sólo consiente las imágenes audiovisuales. Que sea el bombero jefe Beathy quien resume el estado actual: "Se abreviaron los años de estudio, se relajó la disciplina, se dejó de lado la historia, la filosofía y el lenguaje. Las letras y la gramática fueron abandonadas, poco a poco, poco a poco, hasta que se las olvidó por completo". El bombero jefe Beathy sabe que llegará un tiempo en que no será necesario quemar libros. No será necesario el fuego, sólo basta que no haya lectores. Y no los habrá -dice- porque habrá "deportes al alcance de todos, espíritu de grupo, diversión y no hay que pensar, organizar y superorganizar super superdeportes".

Fuera está ya la idea del deporte como actividad sana para mejorar al individuo. El deporte se mete de lleno en un ámbito alienante. Entrevé el novelista el poder y la gloria que le otor-

garán las masas en el futuro. Y en efecto, hoy, el deporte se arrima a las marcas deportivas, al monetarismo escandaloso, a grupúsculos violentos con marca fascista registrada, huele a nacionalismos mal entendidos, absorbe el máximo interés de los medios de comunicación, se ha llegado a entender su retransmisión televisiva como un asunto de interés social.

Cómo es que esto puede sonar a próximo. Se esboza un mundo imaginario, y, sin embargo, sus contenidos cargan señales de actualidad social, cultural. En lo que respecta a las novelas -como diría Borges, en referencia a H. G. Wells "no sólo es ingenioso lo que refieren; es también simbólico de procesos que de algún modo son inherentes a todos los destinos humanos".

La ciencia ficción o el alegorismo literario surgen con fuerza porque apuntan a una civilización que padece un colapso vital. No hacen falta ritos inquisitoriales, incendios o destrucciones de libros o bibliotecas. El mundo contemporáneo actúa más sutilmente.

No podrá negarse en absoluto que la educación oficial responde a la ideología dominante. En el mundo occidental la economía impone su poder hasta en las mismas estructuras del Estado. En este mapa los intereses creativos se perfilan con líneas poco nítidas, casi borrosas o fatalmente borradas. Todo se ha montado de manera que todo responda, aparentemente, a una gran causa: que el ser humano vaya adaptándose al modo de vida impuesto. La dominante económica exige un conocimiento técnico-instrumental. Y los planes de estudio trazan el rumbo en dirección hacia ese destino.

La institución educativa, con el silbo del disimulo en la boca, acompaña en ese largo viaje, que viene de viejo, y por cuya ruta se han ido perdiendo, como si fuese lastre y carga inútil, los valores de la cultura. Una cultura que se ha visto en medio de un campo atravesado por diversos intereses. Hoy en día a la cultura no se la percibe en el ámbito educativo como un don que se propaga de modo desinteresado.

Hace mucho que se anunció la muerte de las ideologías. Pero he aquí que, desprendidas las caretas, hay quien anuncia un discurso claramente ideológico ante el que se debe tomar posición. Las humanidades -la literatura, la historia, el arte, la filosofía- disponen de una

buena provisión de textos que no pasan en vano por la cultura y que desafían los argumentos de aquellos que han confesado su anti-humanismo. La escritura incita a pensar. La lectura puede ser –como escribiera Arthur Schopenhauer– “un sucedáneo del propio pensar”.

Cuatro viñetas de *El roto* ilustran a qué espacio ha ido a parar el pensamiento. Un hombre con escoba se halla barriendo lo que parece ser basura. Hay cuatro frases en sendas viñetas:

– ¿Qué sabes hacer? Me preguntó el jefe.

– Sé pensar, le contesté.

– Está bien, dijo, entonces te ocuparás de limpiar las letrinas.

– Fue una sabia decisión, me ha hecho reflexionar mucho.

El sistema educativo ya ha sacrificado, en el altar de las altas tecnologías, los estudios humanísticos y el trato cordial con la obra literaria. Ya se ha celebrado el ritual y la invocación al nuevo dios tecnológico.

Se va levantando el imperio de las imágenes explosivas, fugitivas, vistas sin el tiempo apropiado para tomar conciencia de ellas. El ser humano, abordado de tal forma y manera, acabará desarrollando un formidable ojo que todo lo capta al instante aunque poco de ello, o nada, se siembre definitivamente en él. Con el tiempo quedará atado al mundo televisual. Y pondrá distancia entre él y el mundo real. Entre él y la vida. Porque le será difícil reordenar el mundo que pisa; e imposible será comprenderlo. No distinguirá los fragmentos servidos por la comunicación tecnológica; se irán debilitando su voluntad y actividad mental. Todo se habrá convertido en un fenómeno recurrente, en manifestaciones repentinas hechas de trozos que nada significan. Pero si poco llegan a significar, mucho pueden conseguir: homogeneizan el pensamiento.



No hará daño citar otra obra literaria que proyecte una utopía negativa y nos exprese sugerentemente una forma de organización, conocimiento y comportamiento sociales de una supuesta futura sociedad humana. La novela de Anthony Burgess *La naranja mecánica* (1962) nos traza un panorama por el que cruza el nadsat-adolescente Alex junto a tres drugos-amigos. Stanley Kubrick la llevó a la pantalla y le infundió una ética cultural cuyo comentario interesa. El crítico de arte, Robert Hugues, aprecia que la película traduce la idea decimonónica de que el arte te hace bueno y promueve la sensibilidad. En la proyección cinematográfica se quiere llevar al extremo esta opinión. Al violento protagonista se le lanzan imágenes opuestas: imágenes entrecruzadas de violencia y dolor frente a otras de belleza y armonía. Las imágenes van asociadas a sensaciones de placer o suplicio. Se establece así un conductismo con el que se

quiere manipular la conciencia y el temperamento del personaje. Se alcanza un paralogismo intolerable, se intenta persuadir con argucias. A la violencia de Alex le replica la ciencia aún más violentamente. Se busca que el instinto de violencia ceda frente a la civilización. Alexander Walker, en el estudio dedicado a la obra de Kubrick, apunta que el cineasta ha confesado que la obra de arte no nos cambia; pero la obra de arte sí nos afecta cuando ilumina algo que ya sentimos.

No estamos en contra del signo de los tiempos. Los párrafos se han tintado de negro con un propósito; que por medio de los alarmantes y de los extremos comentarios se pueda uno situar en un término medio. Establecer un marco en el que se hallen incluidos y en convivencia los mundos de la imagen y el de la lectura.

La modernidad confía en una cultura que se propague a todos y a todos mueva hacia el progreso. Ortega y Gasset daba por hecho que cada tiempo contiene un sistema de ideas vivas. A eso lo denomina cultura: un repertorio de “efectivas convicciones” sobre el mundo, sobre los otros, sobre las cosas, sobre los valores más o menos estimables. Desde esta perspectiva, la cultura comprende una dimensión que alcanza a la propia vida humana. No puede, por tanto, hallarse separada de la vida. Quiere decir que “la cultura no nace de la cultura, sino de potencias y virtudes preculturales”. Una cultura viva puede responder a los conflictos propios de cada tiempo, conflictos que toman cuerpo y expresión a través de la ciencia, de la moral, del arte. Aunque habrá de considerarse que, en el caso específico de las obras literarias –como señalara Bajtin–, “rompen los límites de su tiempo”.

Las obras literarias contienen y proyectan conceptos, valores morales y sensibilidad estética. Constituyen en su conjunto un apreciable e irrenunciable acervo cultural; hitos fundamentales en la historia de la civilización. Las obras literarias están ahí, como un depósito que tiende a canonizarse. Son arrastradas hacia un canon que a veces se muestra inalterable, incontestable. En la enseñanza, la lista de obras literarias para este comienzo de siglo está aún



por verse. No se pretende anunciar la urgencia de un canon alternativo, pero sí la necesidad de actualizar lecturas que se hallen conformes y sean significativas para el tiempo que ha tocado vivir. Se dijo que uno de los signos de la modernidad era el interés por la tradición sin descuido de la renovación. Si conviene ver el canon como una realidad revisable es porque se estima que la obra literaria proyecta valores significativos, traducibles a las ideas vivas de las que hablara Ortega, y creadores de un ámbito sociocultural en el que se asienta el lector. La lectura, en este sentido, imprime marcas de individualidad y de sociabilidad.

La salida del hombre de su culpable minoría de edad, la denominó Immanuel Kant *Ilustración*: “¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración”. Esa minoría de edad entrañaba “servirse de su entendimiento sin la guía de otro”.

El entendimiento exige formación para conseguir esa mayoría de edad; es decir, busca una conciencia que alcance su mayor crecimiento y perfección. Sin embargo, como expresara Alain Finkielkraut en *La derrota del pensamiento*, “el largo proceso de conversión al hedonismo del consumo emprendido por las sociedades occidentales culmina hoy con la idolatría de los valores juveniles. ¡El Burgués ha muerto, viva el Adolescente!”. Los adultos buscan una nivelación; la encuentran, por lo visto, en “una cura de desintelectualización.”

¿El resultado? Separarnos de una órbita cultural que ha dominado hasta hace poco. Como diría Finkielkraut, hay quienes creyendo tener razón ven la historia como un error o una superstición que empobrece la emancipación de los espíritus. Hay un mundo dividido en dos. Un mundo joven y en aparente libertad; otro muy diferente, adulto, con horarios, disciplinas y programas. Mundos apartes. Un mundo caliente en donde el ruido desplaza al pensamiento. El mundo es joven porque así lo quiere el mercado. El mundo joven es consumista, y el consumo impone un modo de vida, una “cultura”. Pero una cultura carencial que se implanta como el estado normal de las cosas. Es más, ahora vocean –como en el caso de Sloterdijk– la inutilidad de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- ASSHEUER, Thomas (2000): “El proyecto Zaratustra”, en *Pensamiento de los confines*, n.º 8, Universidad de Buenos Aires.
- BRADBURY, Ray (1985): *Fahrenheit 451*. Barcelona, Minotauro.
- BURGESS, Anthony (1980): *La naranja mecánica*. Barcelona, Minotauro.
- FERRERAS, J. Ignacio (1972): *La Novela de Ciencia Ficción*. Madrid, Siglo XXI.
- FINKIELKRAUT, Alain (1988): *La derrota del pensamiento*. Barcelona, Anagrama.
- HABERMAS, Jürgen (1992): *Teoría de la acción comunicativa (I y II)*. Madrid, Taurus.
- HEIDEGGER, Martín (2000): “Carta sobre el Humanismo”, en *Hitos*. Madrid, Alianza Editorial.
- KANT, Immanuel (1999): *En defensa de la Ilustración*. Barcelona, Alba Editorial.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1965): *El libro de las misiones*. Madrid, Espasa-Calpe.
- ORWELL, George (2001): *Escritos (1940-1948). Literatura y política*. Barcelona, Octaedro.
- SARAMAGO, José (2000): *La caverna*. Madrid, Alfaguara.
- SARTORI, Giovanni (1998): *Homo videns*. Madrid, Santillana / Taurus.
- SHELLEY, Mary W. (1996): *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Madrid, Cátedra.
- SILVER, Lee M. (1998): *Vuelta al Edén. Más allá de la clonación en un mundo feliz*. Madrid, Taurus.
- SLOTERDIJK, Peter, (2000): “Reglas para el parque humano”, “La teoría crítica ha muerto”, en *Pensamiento de los confines*, n.º 8, Universidad de Buenos Aires.
- TOURAINÉ, Alain (1993): *Crítica de la modernidad*. Madrid, Temas de hoy.
- WALKER, Alexander (1975): *Stanley Kubrick dirige*. Madrid, Ediciones J.B.